

“El peligro de no hacer nada”

El Diario, 14 de mayo de 1933, p. 3.

Las últimas noticias llegadas por correo del Brasil, nos informan que se ha realizado en San Pablo el primer desfile fascista. Hace algunas semanas los despachos telegráficos provenientes de la capital de Chile nos transmitían una noticia parecida. Lo curioso de este fenómeno de organización civil de la fuerza, o si se quiere, la adopción por los civiles de los métodos militares, estriba en que, tanto en Santiago como en San Pablo, no se haya interpretado el desfile fascista como una amenaza más o menos remota de despotismo.

El Presidente Alessandri saludó a los fascistas chilenos como una fuerza al servicio del régimen constitucional. En el Brasil, fuera de algunos órganos de la prensa que se muestran singularmente alarmados, se considera el desfile de San Pablo como una protesta lírica contra el viejo sistema democrático a base de derroches financieros y de oratoria. No obstante, para el fino observador de los acontecimientos, en el fondo de la constitucionalidad a que se refiere el señor Alessandri, como detrás de la protesta de San Pablo, se esconde un cansancio terrible de los partidos políticos que pretenden gobernar nada más que con discursos.

Estos hechos demuestran que los sistemas que han empobrecido y anarquizado a los países de América latina, no reposan sobre fundamentos muy sólidos. Los pensadores más eminentes que han analizado con criterio sociológico el problema de nuestras democracias, están de acuerdo en afirmar que es el incurable vicio declamatorio la plaga que ha producido más estragos en las repúblicas de América. Es evidente que, nunca más que ahora, los pueblos han sentido junto con la irritante fatiga de las palabras, una desesperada ansiedad de realizaciones. He ahí una lección que nuestro país no debe desperdiciar, si quiere ahorrarse males mayores.

La era de los charlatanes se acaba irremediablemente, y es necesario construir con realidades, y no con promesas electorales, la nueva organización de la democracia. El país no ganará nada, si vuelve a los mismos métodos del pasado, aunque los hombres sean distintos. Precisamente, el origen de esos movimientos de fuerza que comentamos, y que ya empiezan a asomar en todas partes, tienen su explicación en el desencanto de los pueblos que no ven nunca cambios fundamentales, sino oligarquías electorales que caen para ser sustituidas por otras oligarquías distintas.

La mejor manera de evitar esas perturbaciones dolorosas que trae la violencia, es impedir constitucionalmente la formación de castas o familias políticas que explotan el régimen electoral como un negocio que les rinde pingües ganancias, desde el momento que, a cambio nada más que de promesas verbales reciben el oro y la vida de la nación entera. Por tanto el único peligro verdadero que acecha a América no es el fascismo, sino el peligro de no hacer nada.